

EFFECTO POSADAS

*Carmen
Posadas*




ESPASA

CARMEN POSADAS
EFECTO POSADAS



© Carmen Posadas, 2023

Autora representada por CASANOVAS & LYNCH LITERARY AGENCY, S. L.

© Editorial Planeta, S.A., 2023

Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Primera edición: junio de 2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 9.594-2023

ISBN: 978-84-670-6727-9

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impresión: Unigraf, S. L.

Impreso en España / *Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	15
PASIONES HUMANAS	
Te pincho el globo	21
Amores tóxicos	23
El efecto Hollywood	25
Una cuestión de velocidad	27
Yo soy yo y mis contradicciones	29
La coartada	31
Yo soy así	33
No es obligatorio	35
Y sin embargo te quiero	37
Sexo, sexo, séptimo	39
El amor es para quien se lo trabaja	41
¿Por qué sí el pecado y no el pecador?	43
El club de las segundas esposas	45
Desde el punto de vista de ellos	47
Elogio del hombre (o de la mujer) pantufla	49
Sobrevivir en el mundo del yo, yo, yo	51
Odio, luego existo	53
Una palabra que solo se pronuncia en voz baja	56
El efecto halo	58
La familia grande	60
Creencias sí, criterio no	62
Esos truenos vestidos de nazarenos	64
Malos de antes y malos de ahora	66
Aporofobia	68
Cuando el amor es chantajista	71
El protocolo Martínez	73
Mejor de lejos	75

<i>Parole, parole, parole</i>	77
Te amo	79
Bellas palabras manoseadas	81
Chupópteros de la vida ajena	84
El imperio de los tontos	86

CULTURA

Palabras feas	91
De tacos y palabrotas	93
Aprender para disfrutar	95
<i>Spoiler</i>	98
<i>Food for thought</i>	100
<i>Feel good</i>	103
El mejor cómplice	105
Un talento muy osado	107
Más que palabras	109
La oscuridad que antecede al alba	112
Adiós, querido Holmes	115

FEMINISMO

La eterna guerra de los sexos	119
Un piropo, por favor	121
¿Y de novios qué?	123
La sospecha	125
Los hombres que aman a las mujeres	127
<i>El segundo sexo</i> revisitado	129
Boadicea y el techo de cristal	132
¡Que vivan las malasmadres!	135
¿Qué puedo hacer yo?	137
A la vista de todos	139
Dime a quién admiras y te diré quién eres	141
Yo exijo	143
Escotes de ayer, escotes de hoy	145
El empoderador que me empodere	147
El ángel de la casa	149

HIJOS. EDUCACIÓN

Lo quiero y lo quiero <i>ya</i>	153
Mamá, quiero ser sexi	155
Creando monstruitos	157
El príncipe destronado	159
Déjenlos crecer	161
El día del huevo	163
¿Quién teme al lobo feroz?	165
Del estreñimiento a la diarrea	167
Como niños	169
Marxismo (no de Karl, sino de Groucho)	172
Otros amores que matan	174
Las nuevas Lolitas	176
El elefante en la habitación	178
Y la casa sin barrer	180

LA EDAD. CULTO AL CUERPO

El club de las viejas confundidas	185
¿Popeyes? No, gracias	187
Tantas tontas tiranías	189
Tonta carrera a ninguna parte	191
¿Qué fue de los viejos de la manada?	193
¿Qué hacen con ellos, los fumigan?	195
Por un puñado de <i>likes</i>	197
Envejeczo, ¿y qué?	199
El efecto nocebo	201

POLÍTICA

Madame Bovary y los demagogos	205
No me echas una mano, que me la echas al cuello	208
El mejor amigo del hombre	210
El sino de los arrogantes	212
Monarquía y pragmatismo	214
Derecho a discrepar	217
Un tic que no falla	219
Nada	222
Código binario	224

¿Ignorantas o ingenues?	226
Espiral del silencio	228
Un mono con un Kaláshnikov	230
Esto no es lo que parece, cariño	232
El olvido	234
La política como religión	236
Enmendándole la plana a Goebbels	239
Extrañas resurrecciones	241
Gota a gota se hace un océano	243
Cisnes negros	245
Meghan Markle como síntoma	247
Para partirse de risa	249
TENDENCIAS SOCIALES	
Una tonta confusión	253
Escuela de papanatas	255
El nuevo —y tonto— buen salvaje	257
Matarile-rile-rile	259
Moda	261
Dios ha muerto o el retorno de los brujos	263
Pavos	266
Siga su instinto	268
Cosas terribles que solo les pasan a otros	270
Opino, luego existo	272
Kafka y los okupas	274
No lo conozco, solo nos hemos acostado	276
Elogio de la ignorancia	278
Agotadoramente sexis	280
Ofendidos (y ofendedores) del mundo, uníos	282
Amor, emoticonos y acrobacias de cama	284
Basta de pensamiento positivo	286
Sesgo de confirmación	288
Simplificando, que es gerundio	290
Contradicciones e incoherencias	292
Un asunto no tan baladí	294
¡Cuerpo a tierra, que llega la realidad!	296
Cotilleemos	298

Enemigos del silencio	300
Esa fea palabra que empieza por eme	302
El valor de las lágrimas	304
Bendita rutina	306
<i>Horror vacui</i>	308
Elogio del fracaso	310
Era un vecino ejemplar	312
El efecto mirón	314
TRUCOS Y TRETAS ÚTILES	
El truco Salvador Dalí	319
Comprar el décimo	321
Basta de príncipe azul	323
Algunos trucos de seducción	325
La hormiguita del consentimiento	327
Sexo sin	329
El método <i>My Fair Lady</i>	332
Hallazgos de la edad tardía	334
Preguntas bobas	336
Hombres: instrucciones de uso	339
El viejo truco de Lord Byron	341
El síndrome Karamazov	343
Para simplificar	345
Sí, pero	347
Pesimistas 2.0	349
Cuando nadie nos mira	351
El arte del cacareo	353
<i>Epílogo</i>	357

TE PINCHO EL GLOBO

No sé si alguno de ustedes tiene entre sus recuerdos infantiles el siguiente: tres o cuatro años de edad. Papá o mamá nos han comprado un maravilloso globo de esos que flotan en el aire. Allá vamos felices con él atado a la muñeca cuando, de pronto, de la nada sale un ser desagradable y sádico que ¡plaff! nos pincha el globo. Luego, se queda mirándonos, brazos en jarra y con una enorme sonrisa de satisfacción. Podría pensarse que esto solo es un inocente «entretenimiento» infantil, pero no es así. Pasan los años, y los pinchaglobos de este mundo lo único que hacen es sofisticar un poco su comportamiento, pero básicamente siguen actuando igual. Existen en realidad varios tipos, y yo los tengo muy catalogados. Empecemos por los más inofensivos. Está, por ejemplo, el pinchador de globos operario (mecánico de coches, fontanero, electricista o reparador de lo que sea) que, aun antes de echar un vistazo a la avería, va y dice: «Uy, qué chungo, seguro que no tiene arreglo, y si lo tiene, le va a costar una pasta». Otro famoso PG es ese que, cuando uno le comenta algo bueno que le ha pasado, dice: «¿Que te has comprado una casa nueva? Uy, qué chungo, pues me han dicho que toda esa zona la van a expropiar para hacer una autopista». Y luego está el pinchador de globos amorosos: «Vaya, vaya, ¿así que sales con Juan? Uy, qué chungo, ¿no sabes lo que dicen de él por ahí? Si yo te contara...». Existen además los PG meteorológicos, aquellos que cuando uno dice que va a organizar una fiesta o una boda están encantados de recordarnos que el parte ha anunciado granizo. Y los PG médicos, que nos advierten que ese dolorcito que tenemos es el mismo que tuvo su tía Enriqueta justo ante de estirar la pata. Y los... (rellene los puntos suspensivos con todos esos otros pinchaglobos que usted conoce).

En principio, lo primero que uno piensa es que este afán tan desagradable está motivado por el viejo deporte nacional de la

envidia. Y es verdad, pero no solo se trata de eso. Existen personas a las que, simplemente, les encanta aguarle la fiesta al prójimo. Tal vez porque así logran protagonismo, por unos minutos son el centro de la conversación o de la reunión. A falta de otra forma más importante o destacada de brillar en la vida, ellos eligen ser agoreros de la fatalidad. Es el mismo afán que mueve a los maldicientes, esos que, con tal de disfrutar por un minuto de la mezquina gloria de contar con la atención de todos, son capaces de calumniar a su mejor amigo o de traicionar una confidencia. Es muy curioso este fenómeno de la búsqueda de protagonismo de cualquier signo, porque, con tal de alcanzarlo, a muchos no les importa quedar como seres desagradables o envidiosos. Yo tengo la impresión de que ni unos ni otros se dan cuenta de lo evidente de su actitud. Creo que esos pinchaglobos que utilizan un método tan ingenuo para intentar fastidiar al prójimo son tan poco inteligentes que llegan a convencerse de que nos están haciendo un favor cuando alertan de que va a diluviar en nuestra boda o de que el dolorcito de la tía Enriqueta era un síntoma mortal; se trata, por así decirlo, de la maldad de los tontos. Y digo que es la maldad de los tontos porque ellos ignoran que los listos malos nunca pinchan globos. Al contrario, los inteligentes se dedican a inflarlos, no a pincharlos. No en vano saben que el camino más directo al corazón del prójimo es ganar su confianza, es alabar la belleza de su globo. ¿Que a usted todo esto le suena infantil y anecdótico? ¿Que en la vida hay problemas más serios que el de los pinchaglobos? Sin duda; pero la maldad gratuita, que es con la que lamentablemente tenemos que luchar más a menudo, nunca es del todo infantil ni anecdótica. Por eso pienso que es bueno hablar de ella para que la próxima vez que a usted quieran fastidiarle con un recurso tan obtuso, sonría, suspire y diga: «Vaya por Dios, ¿qué trauma o problema tendrá este tontaina que busca ahora pinchar mi lindo globito?».

AMORES TÓXICOS

Es cosa bien sabida que septiembre es el mes del año en el que más rupturas amorosas se producen. Por lo visto, y según dicen los expertos, el hecho de que en verano la convivencia sea más estrecha hace que la gente se dé cuenta de las muchas carencias que tienen sus relaciones personales y decide ponerles punto final. Naturalmente, es triste que una pareja se rompa y todos lo lamentamos, pero hoy quiero mirar el otro lado del desamor, el que, lejos de ser un fracaso, es más bien un éxito o mejor aún, una salvación. Hablo de lo que podríamos llamar amores tóxicos, esos que sabemos que nos hacen un daño considerable y, sin embargo, no somos capaces de dejar. La primera noticia que tuve yo de la existencia de este tipo de amor fue a través de una persona a la que quería muchísimo. Un día, tratando de explicarme lo que era la gran tragedia de su vida, él me enseñó una foto de su pareja. «¿Ves? —me dijo—. Cuando conocí a X escribí lo que aquí ves en el reverso de esta foto suya que llevo en mi cartera desde hace más de veinte años». Entonces me enseñó una frase de Lucrecio cuyas palabras exactas no recuerdo, pero que se parecían curiosamente mucho a esa copla que dice: «Ni contigo ni sin ti tienen mis males remedio, contigo porque no vivo y sin ti porque me muero». La persona de la que hablo y a la que yo tanto quería murió un día ya lejano en un accidente de automóvil y aún llevaba aquella foto en la cartera. Nunca tomó una decisión, y hasta el día de su muerte, yo lo sé bien, fue terriblemente desdichado. Por eso, desde entonces, observo con verdadero recelo esos amores tóxicos que tanto daño hacen.

Podría argumentarse que, hoy en día, amores de esta naturaleza no tienen razón de ser. Antiguamente, las costumbres, la presión social y la ausencia de una ley de divorcio impedían poner fin a este tipo de relación. Ahora, en cambio las parejas se rompen todos los días por causas minúsculas, nimias, nadie aguanta nada y

las mujeres menos aún. De todos modos, como sabemos por las escalofriantes cifras de violencia doméstica, a pesar de la facilidad para separarse, otros lazos aún más tiránicos que las costumbres, la presión social o incluso los hijos atan a ciertas personas en esa desdichada espiral de amor letal. ¿Qué hace que uno se aferre así a una relación que le es tan perjudicial? ¿Qué nos obliga, a pesar de toda evidencia, a intentar mantener con vida un amor que evidentemente está acabado? ¿Qué nos obliga a hacerle el boca a boca a un cadáver? Psicólogos y antropólogos señalan varias razones para ello. Unos dicen que las personas que se ven atrapadas en amores tóxicos son inseguras, infantiles, con una baja autoestima que les obliga a pensar que su mundo estaría acabado sin esa persona a la que aman a pesar de los pesares. Otros apuntan a razones económicas, o a presiones sociales, y hablan también de una adicción al amor que se parece peligrosamente a otras adicciones como el alcohol o las drogas. A todas estas razones yo añadiría dos más que pueden parecer menores, pero quizá no del todo desdeñables. Una es la inercia. El ser humano tiene una querencia innata a continuar como está. Los cambios producen temor y cuantos más años cumplimos, mayor es el vértigo.

La otra razón es una que podríamos llamar falsamente romántica. Los que sufren este tipo de adicción amorosa siguen «enamorado» de esa persona que les hace sufrir. Pero, en realidad, no lo están de la persona que es ahora, sino de la que fue en tiempos, por eso creen que la pueden cambiar, que la pueden recuperar. Eso, precisamente, es lo que yo llamo hacerle el boca a boca a un cadáver, a pesar de la frustración que produce, a pesar también del coste personal que supone. Sí, sin duda, lo más peligroso de los amores tóxicos es que no impiden darnos cuenta de que no se trata de amores, sino de cadáveres, y que cuanto antes los enterremos mejor. Hay relaciones que matan y otras que no dejan vivir; dejemos que ambas descansen en paz, es lo mejor para ellos y, desde luego, también para nosotros. Existe vida después del amor, estén ustedes seguros, mucha vida, y, por tanto, también la posibilidad de otros amores.

EL EFECTO HOLLYWOOD

Mi hija Jimena volvió furiosa del trabajo el otro día. Al parecer, en plena hora punta tuvieron que cortar el servicio de metro durante cuarenta y cinco minutos porque un tipo se había acostado en las vías y se negaba a levantarse a menos que su novia (allí presente) le prometiera volver con él. Lo curioso del caso es que cuando he contado la anécdota por ahí, la mayoría de mis interlocutores tendía a comentar cosas como: «Pero ¡qué romántico, supongo que ella se habrá quedado embelesada!», o «¡Qué bonito es el amor!». ¿Bonito? Qué quieren que les diga, a mí me parece una majadería descomunal que alguien monte semejante numerazo, trastorne el normal funcionamiento de un servicio público y, más aún, que someta a una persona a un chantaje sentimental de tal calibre. Todo esto me hace reflexionar sobre algo a lo que vengo dando vueltas desde hace tiempo y es cuán influenciados estamos por un cierto romanticismo barato y elemental que hace que confundamos el amor con un sentimentalismo tontorrón. Para mí, la culpa la tiene Hollywood. Sí ya sé que parece un *boutade*, pero estoy segura de que ese panoli de la vía del metro se creía Tom Hanks en una comedia romántica, o Tom Cruise, o Keanu Reeves. Lo que no sabe el panoli en cuestión es que la vida real no es Hollywood y que, a diferencia del cine, la película de su vida no se acaba cuando su novia del metro, abrumada por la situación, le diga: «Sí, acepto que volvamos, venga, Manolo, levántate de la vía», y le dé un beso. No, las películas de la vida real tienen la mala costumbre de seguir después del beso de reconciliación, y lo más probable es que el mes siguiente, una vez pasado el efecto metro, lo vuelva a plantar como una lechuga. Lo malo es que todos sabemos que las cosas no son como en el cine, pero no podemos sustraernos al efecto Hollywood, que ataca a hombres y a mujeres, a personas cultas e incultas, a tontos y a listos porque en el fondo todos tenemos necesidad de que las cosas sean más sencillas, más «rosas» y que la vida

tenga finales felices. Pero la gran paradoja del asunto es que la vida no tiene finales felices, o, mejor dicho, solo los tiene para los que no buscan soluciones a corto plazo como el tontaina del metro, que piensa que con montar un numerito ya está demostrando su amor incondicional y que es un tipo romántico y sensible. Porque lo que no sabe ese tipo es que el amor es otra cosa. El amor no son gestos, ni escenas de comedia romántica ni otras zarandajas. El amor, como decía Saint Exupéry en *El principito*, es una flor muy frágil y caprichosa que hay que regar todos los días para que no se marchite. Los que creen en el amor tipo Hollywood piensan que pareja y mortaja del cielo bajan, y que después a ellos no les corresponde hacer nada por mantener viva la llama amorosa. Piensan, además, que como ellos aman tanto, todo lo que no funcione es culpa del otro; es el otro el que está en falta, el egoísta, el malo. Pero el amor es un oficio, hay que trabajárselo o, mejor aún, hay que alimentarlo a diario. Y no con escenitas histriónicas ni con reproches y luego teatrales reconciliaciones; eso está muy bien para llorar en el cine mientras se comen palomitas y se achucha al novio o a la novia. El alimento del amor es mucho menos «cinematográfico» y mucho más gris, pero también más eficaz. Está en verbos muy bellos como comprender o renunciar. Y también en otros más feos como negociar o contemporizar. Los ingleses dicen que se necesitan dos para bailar el tango o el vals, y yo creo que lo mismo puede decirse del amor. Si esperamos a que sea el otro el que dé los pasos y nosotros solo dejarnos llevar, lo más probable es que acabemos llenos de pisotones. El efecto Hollywood hace que, desde fuera, en una relación amorosa de película todo parezca sincrónica, ritmo y belleza, como en un vals de Fred Astaire y Ginger Rogers. Pero, a mi modo de ver, en el amor, como en los pasos de esa famosa pareja de baile, detrás de tanta armonía y coordinación hay muchas horas de trabajo y de sudor compartido. Creo que en lo único que se parecen los amores reales a Hollywood y su fábrica de sueños es que mantenerlos requiere mucho *hard work*, es decir, currárselo todos los días.